

## Patxi eta Txentxo

(*Diario de Navarra*, 19. 12. 2003)

Ante la respuesta de los señores Zabaleta y Jiménez mi madre hubiera dicho que eran unos *sinfundamento*. Este despectivo navarro se aplica, según Iribarren, al individuo “que no tiene formalidad o seriedad (...), que obra atontada o irreflexivamente; que carece de sensatez y cordura, etc.”. En una palabra, al que se dedica a *sinfundamentiar*, que equivale a “hacer o decir tonterías, simplezas o *sinfundamentadas*”. Y convendrán conmigo en que este afán, si no honra a nadie, menos todavía a quienes tienen por función libremente asumida representar nuestras aspiraciones públicas. Ese ser *sinfundamento* resume también el defecto fundamental de Aralar y de sus partidos hermanos.

### La zaborrería como argumento

A falta de razones, hasta a un académico le valen las zaborras. De modo que mis adversarios primero me hacen ex-jesuíta, por más que este colegial de los Maristas y del Insti nunca haya tenido semejante afición. Luego me convierten en ex-militante de Euskadiko Ezkerra nada más que por ser amigo de militantes de Euskadiko. A continuación el ex-seminarista y su amigo me dan lecciones de Ética, pues ha de saberse que, frente a “la vieja moral vengativa de castigo al culpable”, ahora se lleva al parecer otra volcada en premiar a los malhechores y enaltecer su culpa.

Aseguran después que un servidor vive “de la moralidad”, y a estas almas sutiles eso les suena parecido a vivir de la enseñanza de la filosofía moral. Y que debería preguntarme “si es acorde” con esa moralidad el seguir cobrando de la Universidad del País Vasco, tal vez porque a su amplia noción de libertad de cátedra le repugna que el Gobierno Vasco haya de remunerar a un azote del nacionalismo vasco. Y -siempre al grano, jamás al bulto- se hacen lenguas de mi “opíparo (¿) sueldo”, un sueldo público algo más transparente que el del profesional liberal, no sé si me explico; un sueldo que uno cambiaría a pelo por los ingresos de un mediano picapleitos de Iruñerria. Y les gustaría situarme como profesor en la Universidad del Opus Dei, pues les tranquilizaría mucho que mi crítica de sus injustas pretensiones fuera producto de una concepción conservadora de la vida. Pero siento reiterarles lo que sabe cualquier ciudadano algo leído: que en el País Vasco como en el mundo entero el integrista político está de su parte y el progresista de la contraria. Y mal se entiende que esto pueda molestar a quien es partidario, junto a la derecha más rancia de estos lares, de la reintegración foral plena de nuestros derechos históricos, de sus pompas y sus obras feudales.

### Una trayectoria angelical

En una cosa aciertan: lo mío con Zabaleta es “una obsesión”. En efecto, llevo quince años denunciando en voz alta (*El País, Navarra Hoy, Diario de Noticias, El Correo y Diario de Navarra*) algunos de los muchos desvaríos que este hombre ha proferido a lo largo de su carrera política. Sea porque carece de órgano para aceptar razones ajenas o para reconocer sus propias carencias, confieso que mi predicación no le ha servido gran cosa. Tiremos de hemeroteca.

Empecé por cuestionarle (20-6-1988) que, mientras invitaba a superar a ETA, afirmara que la política de HB ponía fin a la confrontación civil, que el asesinato etarra de dos presuntos traficantes de droga “ha sido eficaz”, que el secuestro de Revilla servía para “ejemplificar [*sic*, por ejemplarizar] a otros” y que “su valoración ética es difícil de abordar”. Años después (5-7-1993) traté de persuadirle de la brutalidad de definir a ETA como un “grupo armado de personas altruistas”. Son juicios morales inolvidables. Aquel mismo año (22/23-12-1993) mantuvimos una polémica sobre política lingüística en la que creo haberle probado bastantes cosas: que malentendía la Constitución, la Ley de Amejoramiento y la Ley Foral del Vasconce; que el derecho individual a esta lengua anclaba en la noción de zona lingüística; que la cooficialidad del euskera en Navarra era un disparate social y un abuso jurídico, y así. Sigue confundido, pero en sus trece.

Algo más tarde (15-5-96) me tocó contar a los lectores que este virtuoso equilibrista acababa de presentarse como un pacificador dispuesto a dar su mano tanto a los que solicitaban en la calle la liberación de Ortega Lara como a sus energúmenos contrarios. Unos y otros ejercían su libertad de expresión. Una vez le acusé de vileza (29-8-97), cuando mi amigo Joaquín Pascal recibió una amenaza escrita de la banda terrorista que le forzó desde entonces a llevar escolta. Pues a nuestro angelico de Aralar no se le ocurrió comentario más caritativo que endilgar la autoría del texto amenazante al propio partido del amenazado. Aún está por pedir perdón.

Al poco sacaba yo a relucir (20-1-98) unas declaraciones suyas en las que el encarcelamiento de la Mesa de Herri Batasuna le pareció un “escándalo mayúsculo (...), un ataque tan o más grave que el 23-F”, ya ven. Condenaba la violencia, pero su partido acogía a gentes “muy pro lucha armada (...) que, desde luego, deben ser respetadas”. ¿No es una notable lección de tolerancia? Consideraba que la lucha armada (*sic*) sólo debe juzgarse desde el plano de la legitimidad, pero, como enseguida la juzgaba según su eficacia, concluía que esa lucha “no ha

obtenido logros políticos” suficientes; o que la *kale borroka* no es que sea maligna, sino nada más que “errónea”. La penúltima ocasión en que me ocupé de él (agosto 2000) fue tras sus comentarios a raíz del involuntario autosacrificio de parte del comando Vizcaya de ETA y del asesinato de José M<sup>a</sup> Corta por ETA. Quise entonces mostrarle que su sentimiento compasivo estaba trastornado. «Ningún muerto nos es ajeno (...). Todos y cada uno de ellos merece un respeto», se dolía Zabaleta, como si la compasión debiera suplantar a la justicia. Y como no cabía distinguir entre ellos ni separarlos, porque “ya están juntos en el más allá”, resultaba que los muertos matados y los muertos matadores y a punto de matar (“cuatro luchadores por sus ideas, aunque circularan con un mensaje de muerte”) eran dignos de la misma deferencia moral y política. ¿Cómo calcular los daños que estas terribles necesidades han causado en esta tierra, sobre todo entre los jóvenes?

Veamos, pues, quién persigue a quién. Zabaleta debe obsesionarnos por la obsesión que él nos viene prestando desde hace un cuarto de siglo a los ciudadanos navarros. Es la suya una obsesión basada en premisas tan infundadas en teoría y tan ilegítimas en la práctica que, a la vista está, han azuzado la discordia civil. ¿Conoce alguien pecado más grave en un político? Mis replicantes creen percibir en mis palabras cierta amargura. Aun sin así fuera, ¿acaso me faltarían motivos de tristeza ante la persistencia de lo que sólo se entiende como mala voluntad o tozuda ignorancia?

#### Como gato por gatera

Porque su respuesta no hace sino confirmar la tesis de mi pasado artículo: que ni Jiménez ni Zabaleta saben lo que dicen ni quieren saberlo. En lugar de remozar su apolillado catecismo político, se creen capaces de enseñar sin haber aprendido. Los que carecen de un solo pensamiento político razonable nos inculpan de pensamiento único a quienes les demostramos tener unos cuantos. Así es como -a ver si recuerdas, lector- pervierten el sentido de categorías tan centrales como *democrático*, *reaccionario*, *totalitarismo* o *pluralismo*; desconocen la naturaleza y legitimidad del *derecho de autodeterminación*; y caen por último en la ridícula presunción de equiparar por la brava *progreso social y liberación nacional*, *abertzalismo* y *progresismo*.

A sus palabras me remito. Ellos “claro que pueden contestar a las míseras preguntas” que les planteo, pero no lo hacen porque discutir conmigo es “estéril”. Ellos “no están en la onda de la tolerancia, sino en la del respeto”, y se quedan tan satisfechos como si hubieran dicho algo inteligible o ambos términos fueran contrarios entre sí. Ellos “por supuesto” defienden la consigna de ‘todas las personas, todos los proyectos y todas las ideas’, sólo que no se molestan en defenderla de mis expresas objeciones. Pregonan los derechos colectivos y las identidades colectivas como

quien muestra la purísima verdad. Se irritan sobremanera cuando les desvelo la entraña reaccionaria de su etnicismo, pero sólo aciertan a balbucear que Arteta “miente”. Me achacan una “penalización preventiva de ideas”, como si no hubiera ideas -algunas de las suyas- de efectos públicos desastrosos y, por ello, penalizables. Me acusan de posturas “apriorísticas”, cuando me esfuerzo en razonar lo que escribo y pongo mi empeño (que no es manía personal, sino exigencia democrática) en someter sus posturas y las mías al examen de todos. Ellos, en cambio, siempre huyen del debate como gato por gatera.

Pero día llegará en que nos avergoncemos, ellos de sus ideas y tantos otros por habérselas consentido sin la réplica que merecen.